



Caretas

# Keiko

**EDUARDO TOCHE\***

**i** Qué puede decirse del fujimorismo que no se haya dicho ya? Si la vuelta de Alan García a Palacio de Gobierno era un sueño imposible que solo tomaba forma en las febriles fantasías de ese cinco por ciento de apristas de los noventa (¿se acuerdan?), embutir el fujimorismo en la figura de Keiko no debería sonar a audacia extrema: eso que las encuestas de opinión denominan así viene teniendo una simpatía sostenida —contra vientos, mareas y jueces impecables— desde años atrás, oscilando entre un cuarto y un tercio de los entrevistados.

A modo de paréntesis, este reto para la sociología política aún es una deuda pendiente. Sin embargo, la realidad sigue discurrendo y el deseo de unos va tomando forma de pesadilla en otros. A dos años de los comicios generales, las dupletas, tripletas y demás apuestas vienen corridas hacia los ejemplares de derecha, sin que falten combinaciones que incluyan algún defensor de sedas izquierdistas, solo para meter miedo y dejar en la partida a algún encabritado candidato.

Entonces, el primer dato para apostar por Keiko es la cancha ladeada hacia la derecha y con viento a favor. Si las cosas salen como se espera, será un vale todo entre aspirantes que tienen tras de sí partidos inexistentes, ideologías nebulosas y programas elaborados el día anterior y al gusto del cliente. Lo único cierto que se disputará son los intereses de los grupos económicos que alimentarán

dichas candidaturas y, en la medida en que convenga, veremos alianzas o fragmentación. Para eso valen las encuestas de este momento: visualizan las posiciones actuales de cada candidato para nutrirlos de capacidad de negociación.

En este escenario, el así llamado fujimorismo es la expresión más prístina de aquello que hemos convenido en llamar el “sistema político peruano” para evitarnos vergüenzas. No es un partido, tampoco una propuesta. Ni siquiera un estado de ánimo. Es una maquinaria que debe aci-tarse bien para ponerse en movimiento y que encuentra en la desestructuración el medio ambiente propicio para reproducirse. Es su gran ventaja, porque así anula rigideces y límites, convirtiéndose en una oreja presta a escuchar y una mano lista a negociar incluso lo inimaginable.

De esta manera, Keiko no es más que el mascarón de proa de una articuladora de intereses de arriba a abajo y hacia los costados. Transversal, para ponerlo en el críptico lenguaje onegenista, e igual de mal aprendido por los “técnicos” apristas en sus talleres de capacitación de última hora. Por eso votarán por ella incluso gran parte de ciudadanos que no declaran su intención por el ápice de decencia que mantienen, que no es lo mismo que simpatía o adherencia.

Porque nadie siente que deba hacer suyo un inexistente plan de gobierno, ni ser inundado por las antípodas de carisma emanadas de Keiko. Nada de eso. Ella, como hizo su padre, solo debe garantizar los buenos negocios y, por otro lado, la

\* Historiador. Investigador de **desco**.

escuela, carretera y bolsas de alimentos que perennizarán tangiblemente el haber sido tomado en cuenta —siquiera un instante— por un gobernante en el país de la soledad y el olvido.

Viene entonces el segundo dato a favor de Keiko: nadie se interesa por el desarrollo. Las reconstrucciones democráticas escenificadas en los ochenta y noventa implicaron la apropiación paulatina de los discursos de las multilaterales por parte de los movimientos sociales y los partidos de izquierda, hasta empezar a darles contenidos específicos al permearlos con la propia experiencia. La descentralización, los derechos humanos, la participación, los pueblos originarios, el género y otros aspectos fueron alimentando enfoques que ofrecieron identidad y capacidad de movilización a las sociedades latinoamericanas.

Esto no parece haber sucedido en el Perú, de manera que la negociación política continuó signada por la reivindicación sin producirse una dinámica que formase intereses en función del ejercicio de derechos. Así, la fuerza de la derecha que encarna el fujimorismo tiene un gran aliado en una izquierda a la que el tren se le pasó mientras se miraba el ombligo. Las mafias con las que tranza la derecha peruana son transnacionales, mientras que el horizonte de la izquierda alcanza, cuando más, la liga local.

Un tercer dato—pragmático este—favorable al fujimorismo es el carácter inorgánico del Estado. El estilo fujimorista, su marca de distinción, es actuar sin considerar las formas ni los canales instituidos. Es cierto que, en general, todos los dirigentes políticos trabajan de esa manera, pero ninguno ha aplicado tanto esfuerzo en este sentido, hasta hacerlo algo consustancial a ellos. Este es un capital

importante en un ámbito como el peruano, donde, si nos remitimos a los resultados del Latinobarómetro, no existe mucho afecto por el sistema democrático.

En otras palabras, la democracia en abstracto no existe para las personas, sino la calidad de la *performance* de los que operan en ella. Y si las relaciones entre gobernados y gobernantes están signadas por la desconfianza —“todos son corruptos”— y estas no se organizan para motivar una pugna democrática seria, por canales instituidos, lo que tendremos es lo de siempre, es decir, autoridades actuando discrecionalmente, mediante procedimientos ad hoc y sin rendir cuentas a nadie.

Entonces, nada más adecuado para hacer política en una situación como esta que el fujimorismo, la expresión suma de un aprovechamiento de las circunstancias que no se toma siquiera la molestia de guardar las formas. Para el caso, recordemos el desempeño de los Siura, Chávez y demás integrantes de la promoción noventa del fujimorismo. Sin embargo, la versión corregida y aumentada de esta actitud que hace tabla rasa de los procedimientos la encontramos en la mismísima Keiko, cuando afirma que llegará a Palacio para indultar a su papá: el que puede, puede, y los demás aplaudiremos, porque si eso sucede, seguramente ya habremos puesto de lado el brillante expediente acusatorio que armaron los jueces peruanos y, como ocurre con el *Informe final* de la CVR, se dirá que fue un instrumento del comunismo internacional.

Un cuarto aspecto favorable a Keiko es el pacto político implícito para evitar la transparencia y el acceso a la información. El fujimorismo se basa en esa inescrupulosidad que lo hace un socio político ideal para todo tipo de propuesta. Especializado en operar bajo la sombra,

garantiza también operadores dóciles a golpe de videos y audios chantajistas.

Sin embargo, a pesar de todas estas ventajas, Keiko Fujimori no las tiene todas consigo. El país no es el mismo que le tocó gobernar a su ahora convicto padre.

abrir algo de espacio para el diálogo. Por otro lado, es innegable que los medios de comunicación son empresas que venden la opinión y la noticia, pero entre ellos también están los que cumplen, mal que bien, su obligación de informar.



*La familia Trapp ¡perdón!, la familia Fujimori en 1990, cuando había unidad, fraternidad, amor. Antes de ensuciarse las manos en la política. (Foto de Ernesto Jiménez)*

Las demandas sociales pueden aparecer desarticuladas, fragmentadas y efímeras, pero allí están como dato importante. Es cierto que gran parte de la política peruana discurre ofreciendo favores entre bambalinas, pero también es verdad que el inmenso desprestigio de las autoridades y funcionarios gubernamentales los obliga —a regañadientes— a consultar y

Es muy pronto para proyectar el escenario que se formará el año 2011, pero la aparente facilidad con la que podría desenvolverse la derecha peruana no parece ser algo consistente: la endeblez institucional que promociona tiene, entre otros peligros, el de dejar un campo bastante abierto para las sorpresas, como ocurrió en el año 2006. ■